

HARO TEGLEN

FRUSTRACION EN LA ONU

La idea de moda es la de la «coexistencia múltiple». Es una forma de luchar contra los riesgos que presenta la simple coexistencia de dos, de la URSS y de los Estados Unidos. Se trataría de extraer del magma de pesimismo y desorden que aparece este año en la Asamblea General de la ONU esta nueva fuerza que, en realidad, no trataría más que de regresar a los principios, escritos de la Carta del Atlántico y del más concretamente redactado principio tercero de la conferencia de Bandung: «Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de la igualdad de todas las naciones, grandes y pequeñas». U Thant está realizando intentos y cosechando negativas. Ha tratado de romper el equilibrio de dos con una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de lo que en tiempos no muy lejanos se llamaban aún «los cuatro grandes» —Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética— y ha recibido ya una respuesta de Estados Unidos diciéndole que no es útil tal conferencia, y que es mucho más eficaz una acción «bilateral». No es lo peor que le han dicho a U Thant los americanos, estos días. Cuando ha propuesto que la Asamblea trate del cese de los bombardeos sobre la República Democrática del Vietnam, el delegado americano, Georges Ball —que luego ha dimitido su cargo para sumarse a la campaña electoral de Humphrey, como ya había hecho su predecesor, Goldberg—, le ha acusado más o menos de estar de acuerdo con Hanoi. Los dos «grandes» no moderan estos días su lenguaje, a no ser el uno con respecto al otro.

El intento de romper la coexistencia doble por una coexistencia múltiple no parece, por ahora, muy posible. Felizmente parece también poco posible el otro intento, el de romper la coexistencia por una división, por un regreso a la política de bloques. El enviado especial de Kiesinger no ha encontrado oídos amigos en Washington, sino, al contrario, consejos —con toda la autoridad posible— de no continuar en su vía de entenebrecer la situación en Europa. La suspensión de la sesión anual del Bundestag en Berlín-Occidente, los intentos de declarar fuera de la ley el partido nazi —el NPD— son consecuencia de este paso atrás. Han provocado el amargo grito de Kiesinger al recibir a De Gaulle, su queja de que Europa no pueda depender de sí misma para su propia seguridad. No ha encontrado tampoco un interlocutor «comprensivo». De Gaulle ha hablado de la invasión de Checoslovaquia diciendo que es «monstruosa», pero ha insistido en que este incidente no varía en nada la idea principal de continuar fortaleciendo las relaciones entre el Este y el Oeste. La buena acogida que ha dado a un memorándum ruso sobre el desarme es un paso en ese sentido. El memorándum propone una reunión de todos los países atómicos para estudiar entre sí la reducción de armamentos, y Francia —que no ha participado jamás en las reuniones de desarme de Ginebra— ha aceptado, haciendo saber su posición clásica, no debe haber desarme parcial, sino total. Es decir, deben destruirse todas las bombas nucleares del mundo y prohibir su fabricación. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y probablemente este perfeccionamiento francés impedirá todo acuerdo real. Por otra parte, De Gaulle no tiene una idea muy distinta de Kiesinger sobre esta triste dependencia de lo que se llama Europa de las armas de los otros, y ello es la base de su ruptura con la OTAN. Ahora, en la próxima reunión del consejo de ministros de la OTAN —que no se sabe aún si se adelantará al mes de noviembre, como pretenden Alemania Federal y otros alarmistas, o si se celebrará en su fecha normal de diciembre—, los Estados Unidos van a insistir para que Francia regrese a la Alianza. A juzgar por la posición de De Gaulle y por su actitud respecto a Kiesinger, no lo conseguirán.

Tenemos así una serie de coexistencias, de figuras de coexistencia, dentro del mundo occidental. La versión americana consiste en un entendimiento de los dos países de mayor fuerza con la idea de una política de «manos libres» en sus zonas de influencia. La francesa, en desarrollar una coexistencia paralela europea, sin interferir con la americana, para evitar que los Estados Unidos se lleven los beneficios de su enten-

dimiento con la URSS. Es una coexistencia de «tercera fuerza». La de Alemania del Oeste consiste en recuperar la coexistencia perdida dentro del bloque occidental para hacer frente al bloque soviético. La de U Thant y los países menores es una coexistencia múltiple basada en la independencia de la ONU. Pero la ONU, reunida como cada otoño, ve que se le escapan los grandes temas del mundo. No podrá hablar del Vietnam, no podrá hablar de Checoslovaquia. Hay arañazos oratorios, hay ataques verbales a estos temas, pero los mecanismos de seguridad funcionan bien y muy probablemente los temas no serán planteados en forma de resoluciones o de recomendaciones. Es muy probable que ni siquiera el tema Nigeria-Biafra pueda ser abordado. El tema Nigeria-Biafra es de mayor consideración que cualquiera de los otros, teniendo en cuenta que las últimas cifras dadas por la Cruz Roja Internacional muestran que el número de muertos por inanición en Biafra es de ocho a diez mil diarios. Hace un mes eran tres mil, la cifra subió luego a seis mil y ahora se sitúa entre ocho y diez mil. Pronto serán doce mil. Independientemente del tema de «razón» en esta guerra, es la forma de la guerra que lleva Nigeria contra Biafra, una guerra de hambre contra la población civil, o sea, un genocidio perfectamente definido, lo que podría constituir un tema importante para la Asamblea de la ONU.

Una serie de temas menores, tratados enfáticamente, van a constituir el calendario de esta reunión. Servirá para la expresión de ideales. Servirá también para que en sus pasillos se celebren, una vez más, pequeñas reuniones, compraventa de votos, pequeños pactos regionales. Y para que la coincidencia en Nueva York de unos cuantos ministros de Asuntos Exteriores permita entrevistas «bilaterales», como las que desean los Estados Unidos. Puede ocurrir que sirva para lo que U Thant espera, para que se eleve «la voz de la conciencia de la Humanidad para convencer a todos los Estados miembros de que recurran cada vez más a las Naciones Unidas para mantener la paz en el mundo». Servirá, en fin, como un curioso valor de aspectos negativos, como un «espejo oscuro», para demostrar una vez más lo que se viene demostrando ya desde hace algún tiempo, que las instituciones del mundo están bloqueadas, tanto las de tipo nacional como las de tipo internacional, y que es preciso encontrar nuevas fórmulas para salir de este circuito cerrado, si es que se puede.

¿Cabe hoy una reforma constitucional de la ONU? Sería posible quizá la supresión de los puestos permanentes en el Consejo de Seguridad, la anulación del derecho de veto para las grandes potencias —el derecho de veto está basado en el triunfo de una guerra hace veintitrés años y las naciones que lo ostentan hoy no representan en nada a aquellas que ganaron aquella guerra que ya es historia— y la instauración de un parlamentarismo internacional por mayoría de votos. Pero, ¿quién evitaría que los votos de los países débiles estuvieran forzados por los países fuertes de su esfera dominante? Aun en el supuesto de la independencia de estos votos, ¿qué fuerza tendría la ONU para hacer adoptar sus resoluciones? Si se llegara a prohibir a los Estados Unidos su agresión en el Vietnam, ¿partirían en guerra contra los Estados Unidos las naciones del mundo para cortar esa agresión? Nada de ello es posible. La ONU no puede conformar el mundo con su patrón. La ONU no es causante. Es un efecto. Solamente la modificación de las circunstancias del mundo, la democratización real, la apertura de las instituciones nacionales hacia las corrientes de inspiración popular, podrían conseguir que ese parlamento mundial que es la Asamblea General de la ONU pudiera tener una auténtica eficacia y fuese representativo. Hoy está bloqueado. No es una novedad. La Sociedad de Naciones en Ginebra llegó, antes de la segunda guerra mundial, a la misma conclusión. No consiguió evitar ninguna de las agresiones perpetradas entonces, no supo cortar el paso a la II Guerra Mundial, frustró las esperanzas de las pequeñas naciones, su hemisferio conoció el orgullo y el desdén de los grandes de la época y se disolvió con los primeros cañonazos de la guerra. No estamos hoy, como entonces, en los albores de la guerra mundial, sino bastante lejos de ella. Pero los sentimientos de frustración son los mismos.